

El Reino de Cristo. Algunas de las características precisas de su reinado. No tiene como ley el dominio, sino el servicio. Se fundamenta en la verdad cuyo conocimiento no es sólo pura enseñanza sino que proviene también de la comunión con Cristo, de hacerse su discípulo. La verdadera realeza está en descubrir la acción de Dios en la historia y adherir a su proyecto.

- ❖ Cfr. Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo – ciclo B - 22 noviembre 2009
Daniel 7,13-14; Salmo 92;Apocalipsis 1,5-8; Juan 18, 33-37
Cfr. Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture, Anno B, Piemme 1996 //Vincenzo Raffa, Liturgia Festiva, Tipografía Poliglota Vaticana , 1983 //Sagrada Biblia, Nuevo Testamento, Facultad de Teología, Universidad de Navarra, 1999// Es Cristo que pasa, Homilía «Cristo Rey»// Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, La Esfera de los Libros, 2007.

Juan 18, 33-37: 33 Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: «¿Eres tú el **Rey** de los judíos?» 34 Respondió Jesús: «¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?» 35 Pilato respondió: «¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?» 36 Respondió Jesús: «**Mi Reino** no es de este mundo. Si **mi Reino** fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero **mi Reino** no es de aquí.» 37 Entonces Pilato le dijo: «¿Luego tú eres **Rey**?» Respondió Jesús: «Sí, como dices, **soy Rey**. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar **testimonio de la verdad**. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz.»

Daniel 7, 13-14: 13 Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. 14 A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. **Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.**

Apocalipsis 1: 5 y de parte de Jesucristo, el Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre de nuestros pecados 6 . y ha hecho de nosotros un Reino de Sacerdotes para su Dios y Padre, a él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén. 7 . Mirad, viene acompañado de nubes: todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra. Sí. Amén. 8 . **Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios, « Aquel que es, que era y que va a venir », el Todopoderoso.**

1. Entender la verdadera naturaleza del Reino de Cristo entraña una dificultad.

- **Nuevo Testamento, Eunsa Juan 18,28-40:** “Ante el sumo pontífice la acusación era religiosa (ser Hijo de Dios, cfr. Mt 26,57-68). Ahora ante Pilato es de carácter político. Con ella quieren comprometer la autoridad del Imperio romano: Jesús, al declararse Mesías y Rey de los judíos, aparecía un revolucionario que conspiraba contra el César. A Pilato no le incumbe intervenir en cuestiones religiosas, pero, como la acusación que le presentan contra Jesús afecta al orden público y político, su interrogatorio comienza obviamente con la averiguación de la denuncia fundamental: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» (v. 33).

Jesús, al contestar con una nueva pregunta, no rehúye la respuesta, sino que quiere, como siempre, dejar en claro el carácter espiritual de su misión. Realmente la respuesta no era fácil. Desde la perspectiva de un gentil, un rey de los judíos era sencillamente un conspirador contra el Imperio; y, desde la perspectiva de los judíos nacionalistas, el Rey Mesías era el libertador político-religioso que les conseguiría la independencia. La verdad del mesianismo de Cristo trasciende por completo ambas concepciones, y es lo que Jesús explica al procurador (v. 36), aun sabiendo la enorme dificultad que entraña entender la verdadera naturaleza del Reino de Cristo.

Este es el sentido profundo de su realeza: su reino es «el reino de la Verdad y la Vida, el reino de la Santidad y la Gracia, el reino de la Justicia, el Amor y la Paz» (Misal Romano, Prefacio de la Misa de Cristo Rey). Cristo reina sobre aquellos que aceptan y viven la Verdad por El revelada: el amor del Padre (3,16; 1 Jn 4,9).

2. *Mi reino no es de este mundo (Juan 18, 36)*

❖ No es un proyecto político tutelado por el aparato militar; es un reino de amor y de paz.

- El Señor recalca que su reino no es de este mundo: “Mi reino no es de este mundo ... si mi reino fuese de este mundo ... mi reino no es de aquí”. (v. 36).
- Ravasi o.c. p. 336: “No se trata, por tanto, de un proyecto político ni de una estrategia socio-económica o militar. Jesús, al recordar que todo poder se funda sobre el aparato militar, contrapone su solitaria debilidad, no tutelada por guardias del cuerpo o de legiones terrenas, como prueba de la diversidad radical positiva de la realeza de Cristo”.
- Cristo afirma que no se funda sobre servidores que están obligados a combatir para defenderlo (Juan 18, 36); de esto se habla claramente en el ya citado Prefacio de la Misa: «un Reino eterno y universal: Reino de la verdad y de la vida, Reino de la santidad y de la gracia, Reino de la justicia, del amor y de la paz». Jesús no es rey en sentido político, como Pilato podía entenderlo.

❖ Eternidad y trascendencia del reino

- Ravasi p. 337: “Todas las lecturas de la solemnidad subrayan la eternidad, la trascendencia – y, por tanto, la indestructibilidad – de este pequeño reino, de este semen escondido en la tierra de la historia. En la celebre visión mesiánica de Daniel (primera lectura) el Hijo del hombre está revestido por Dios «de un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás». El Salmo 92 (93) exalta el trono divino que «para siempre está firme». Y el Cristo del Apocalipsis (segunda lectura) es el Alfa y Omega de la historia, es decir, la primera y la última palabra de nuestra vida humana, es «el que es, el que era y el que ha de venir», abraza en sí las tres dimensiones del tiempo, el pasado, el presente y el futuro”.

3. *Realeza y servicio: el reinado de Cristo no tiene como ley el dominio*

- No tiene como ley el dominio, sino el servicio (cfr. Marcos 10, 41-45). No se construye sobre la prevaricación sino sobre la justicia.
- **Catecismo de la Iglesia Católica n. 786:** (...) Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo «venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28). Para el cristiano, «servir es reinar» (Lumen gentium, 36) particularmente «en los pobres y en los que sufren» donde descubre «la imagen de su Fundador pobre y sufriente» (Lumen gentium, 8). El pueblo de Dios realiza su «dignidad regia» viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo.

❖ La dignidad de la realeza se expresa en la disponibilidad para servir

- Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis*, n. 89: “En medio de tanta riqueza, parece que emerge un elemento: la participación en la misión real de Cristo, o sea, el hecho de re-descubrir en sí y en los demás la particular dignidad de nuestra vocación, que puede definirse como «realeza». Esta dignidad se expresa en la disponibilidad a servir, según el ejemplo de Cristo, que «no ha venido para ser servido, sino para servir» (Mt 20, 28). Si, por consiguiente, a la luz de esta actitud de Cristo se puede verdaderamente «reinar» sólo «sirviendo», a la vez el «servir» exige tal madurez espiritual que es necesario definirlo como el «reinar». Para poder servir digna y eficazmente a los otros, hay que saber dominarse, es necesario poseer las virtudes que hacen posible el dominio. Nuestra participación en la misión real de Cristo – concretamente en su «función real» (*munus*) - está íntimamente unida a todo el campo de la moral cristiana y a la vez humana”.

o **Si dejamos que Cristo reine en nuestra alma, también los cristianos seremos servidores de todos los hombres**

- **Es Cristo que pasa**, 182: “Si dejamos que Cristo reine en nuestra alma, no nos convertiremos en dominadores, seremos servidores de todos los hombres. Servicio. ¡Cómo me gusta esta palabra! Servir a mi Rey y, por El, a todos los que han sido redimidos con su sangre. ¡Si los cristianos supiésemos servir! Vamos a

confiar al Señor nuestra decisión de aprender a realizar esta tarea de servicio, porque sólo sirviendo podremos conocer y amar a Cristo, y darlo a conocer y lograr que otros más lo amen”.

4. El Reino de Cristo se funda sobre el testimonio de la verdad, cuyo conocimiento no es sólo pura enseñanza sino que proviene también de la comunión con Cristo.

o **Cristo ha venido como rey de la verdad (v. 37); el reino de Dios se compendia en Cristo.**

- Ravasi o.c. p. 340: “ha venido al mundo como rey de la verdad, y los súbitos son aquéllos que acogen con alegría la verdad. Sabemos que en Juan la «verdad» es sinónimo de «evangelio»: el reino de Dios se compendia en el mensaje, en la acción y en la persona de Cristo. Ciertamente, Pilatos ya puede tranquilizarse porque Jesús no es peligroso, a sus ojos es un idealista. En realidad las palabras de Cristo son como un desafío dirigido a la conciencia. Si se deja que penetren en el corazón, se destruye en el hombre la lógica del poder, del triunfo y de la realización.”

- **Para entrar en el Reino, es necesario acoger la palabra de Jesús.**

- **Catecismo de la Iglesia Católica, n. 543:** “*Todos los hombres* están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19).

Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús: La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (Lumen gentium, 5)”.

o **La verdad en el Evangelio no es pura enseñanza sino que es conocimiento que proviene también de la efectiva comunión con Cristo, de hacerse discípulo de Cristo.**

- **Catecismo de la Iglesia Católica, n. 546:** Jesús llama a entrar en el Reino a través de las *parábolas*, rasgo típico de su enseñanza (cf. Mc 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. Mateo 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. Mateo 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. Mateo 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. Mateo 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. Mateo 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para “conocer los Misterios del Reino de los cielos” (Mateo 13, 11). Para los que están “fuera” (Marcos 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. Mateo 13, 10-15).

- La verdad en el lenguaje semita no es una pura enseñanza, y por tanto es diferente a la concepción especulativa occidental. Jesús nos ofrece una “verdad” de Dios Padre que no es pura enseñanza sino conocimiento que proviene también de la efectiva comunión con El. A través de Jesús, Dios Padre es experimentado, es frecuentado, y como consecuencia es conocido.

o **Vivir en la verdad es vivir conforme al ejemplo del Señor**

- **Catecismo de la Iglesia Católica n. 2470:** El discípulo de Cristo acepta «vivir en la verdad», es decir en la simplicidad de una vida conforme al ejemplo del Señor y permaneciendo en su Verdad. «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos conforme a la verdad» (1 Jn 1, 6).

o **Seguir a Cristo no es una imitación exterior, sino hacerse conforme a Él**

- **Enc. Veritatis splendor, 21:** «Seguir a Cristo no es una imitación exterior, porque afecta al hombre en su interioridad más profunda. Ser discípulo de Jesús significa *hacerse conforme a él*, que se hizo servidor de todos hasta el don de sí mismo en la cruz (cf. Flp 2, 5-8)».

o **La verdadera grandeza y la verdadera realeza está en descubrir la acción de Dios en la historia y adherir a su proyecto.**

- Ravasi p. 340: “La verdadera grandeza, la verdadera realeza, está en el dejarse envolver por la luz de la

verdad, es descubrir la acción de Dios en la historia, y adherir a su proyecto, radicalmente diverso del proyecto erigido por los poderosos, por los reyes humanos, diverso del proyecto de quien elige la razón de estado o el propio interés, o el triunfo sobre los demás y no ciertamente la verdad como norma de comportamiento”.

5. El reinado de Cristo sobre el mundo interior del hombre

❖ Si queremos que Dios reine en nosotros, procuremos que de ningún modo nos domine el pecado.

- Orígenes, Sobre la oración, cap. 25: “Con respecto al reino de Dios, hay que tener también esto en cuenta: del mismo modo que *no tiene que ver la luz con las tinieblas*, ni *la justicia con la maldad*, ni *pueden estar de acuerdo Cristo y el diablo* (Cf. 2 Cor 6, 14-15), así tampoco pueden coexistir el reino de Dios y el reino del pecado.

Por consiguiente, si queremos que Dios reine en nosotros, procuremos que de ningún modo *el pecado siga dominando nuestro cuerpo mortal* (Rom 6,12), antes bien, mortifiquemos *todo lo terreno que hay en nosotros* (Cf. Col 3,5) y fructifiquemos por el Espíritu; de este modo, Dios se pasará por nuestro interior como por un paraíso espiritual y reinará en nosotros él solo con su Cristo, el cual se sentará en nosotros a la derecha de aquella virtud espiritual que deseamos alcanzar: se sentará hasta que todos sus enemigos que hay en nosotros sean puestos *por estrado de sus pies*, y sean reducidos a la nada en nosotros todos los principados, todos los poderes y todas las fuerzas”.

▪ **Los cristianos vencemos el reino del pecado con una vida santa.**

- **Catecismo de la Iglesia Católica n. 908:** Por su obediencia hasta la muerte (Cf Filipenses 2, 8-9). Cristo ha comunicado a sus discípulos el don de la libertad regia, «para que vencieran en sí mismos, con la propia renuncia y una vida santa, al reino del pecado» (Lumen gentium 36).

El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de sí mismo: se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona; es libre e independiente y no se deja cautivar por una esclavitud culpable (S. Ambrosio, Psal. 118, 14, 30: PL 15, 1403A.).

❖ El reinado sobre los propios afectos, sentimientos y tendencias: ser dueños de la actividad del pensamiento, de la fantasía y del instinto

- Vincenzo Raffa o.c. n. 871: “Una manera de ejercitar la realeza, por parte nuestra, con Cristo, como prenda de la vida eterna, es el dominio de sí, no por cálculo humano sino por solidaridad con Cristo. Y esto es un don del Espíritu Santo (Galatas 5, 22-23: 22 *«En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, 23 mansedumbre*, dominio de sí; *contra tales cosas no hay ley*»).

Es realeza divina reinar sobre el mundo interior de los propios afectos, sentimientos y tendencias; ser dueños de la actividad del pensamiento, de la fantasía, del ámbito instintivo; coordinar la propia existencia y orientarla conscientemente y firmemente hacia un fin; resistir a los estímulos contrarios del mundo exterior. (...) No como simple fruto de especiales técnicas psico-físicas, que refuerzan el yo y su concentración. No por estos o semejantes motivos, sino principalmente para una perfecta liberación espiritual como imitación de la realeza victoriosa de Cristo”.

o A este tipo de realeza se refieren diversas exhortaciones de la Escritura:

* Colosenses 3, 5-15: 5 Por tanto, mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría, 6 todo lo cual atrae la cólera de Dios sobre los rebeldes, 7 y que también vosotros practicasteis en otro tiempo, cuando vivíais entre ellas. 8 Mas ahora, desechad también vosotros todo esto: cólera, ira, maldad, maledicencia y palabras groseras, lejos de vuestra boca. 9 No os mintáis unos a otros. Despojaos del hombre viejo con sus obras, 10 y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, 11 donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos. 12 Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad,

mansedumbre, paciencia, 13 soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. 14 Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. 15 Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo Cuerpo. Y sed agradecidos.

* Romanos 6, 12-23: 12 No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal de modo que obedezcáis a sus apetencias. 13 Ni hagáis ya de vuestros miembros armas de injusticia al servicio del pecado; sino más bien ofrecois vosotros mismos a Dios como muertos retornados a la vida; y vuestros miembros, como armas de justicia al servicio de Dios. 14 Pues el pecado no dominará ya sobre vosotros, ya que no estáis bajo la ley sino bajo la gracia.

* 1 Cor 6, 19-20: 19 ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? 20 Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo.

* Cfr. también Gálatas 5, 1-26

- Vincenzo Raffa o.c.: n. 871 “Con el pecado el hombre perdió el dominio interior, llegando a ser esclavo de la concupiscencia (Rom 6, 12-23). Se convirtió en un rey sin corona. La redención le da la posibilidad de volver a tener el poder perdido y re-adquirir la imagen del Soberano (Col 3, 18). Puede volver a adquirir aquella imagen que estuvo siempre presente en Cristo, en grado perfectísimo. (Rom. 8,29).

La imagen de la supremacía divina es una gloria que se proyecta de Cristo sobre el rostro de todo bautizado, hasta transfigurarlo: «Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (1 Cor 3,18)”.

6. El reinado de Cristo en «Jesús de Nazaret»

Joseph Ratzinger – Benedicto XVI, La Esfera de los Libros, 2007

❖ Tres dimensiones del reino de Dios pp. 76-77

o Dimensión cristológica: Jesús mismo es el «reino»

- Jesús mismo es el «reino»; el reino no es una cosa, no es un espacio de dominio como los reinos terrenales. Es persona, es El. La expresión «Reino de Dios», pues, sería en sí misma una cristología encubierta. Con el modo en que habla del «Reino de Dios», El conduce a los hombres al hecho grandioso de que, en El, Dios mismo está presente en medio de los hombres, que El es la presencia de Dios.

o El Reino de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre.

- Una segunda línea interpretativa del significado del «Reino de Dios», que podríamos definir como «idealista» o también mística, considera que el Reino de Dios se encuentra esencialmente en el interior del hombre. Esta corriente fue iniciada también por Orígenes, que en su tratado Sobre la oración dice: «Quien pide en la oración la llegada del Reino de Dios, ora sin duda por el Reino de Dios que lleva en sí mismo, y ora para que ese reino dé fruto y llegue a su plenitud... Puesto que en las personas santas reina Dios [es decir, está el reinado, el Reino de Dios]. . . Así, si queremos que Dios reine en nosotros [que su reino esté en nosotros], en modo alguno debe reinar el pecado en nuestro cuerpo mortal [Rm 6, 12]... Entonces Dios se pasará en nosotros como en un paraíso espiritual [Gn 3, 8] y, junto con su Cristo, será el único que reinará en nosotros...» (n. 25: PG 11, 495s). La idea de fondo es clara: el «Reino de Dios» no se encuentra en ningún mapa. No es un reino como los de este mundo; su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa.

o Relación entre el Reino de Dios y la Iglesia

- La tercera dimensión en la interpretación del Reino de Dios podríamos denominarla eclesial: en ella el Reino de Dios y la Iglesia se relacionan entre sí de diversas maneras y estableciendo entre ellos una mayor o menor identificación.

❖ Venga a nosotros tu reino pp. 180-182

o **El reconocimiento de la primacía de Dios**

- Al reflexionar sobre esta petición acerca del Reino de Dios, recordaremos lo que hemos considerado antes acerca de la expresión «Reino de Dios». Con esta petición reconocemos en primer lugar la primacía de Dios: donde El no está, nada puede ser bueno. Donde no se ve a Dios, el hombre decae y decae también el mundo. En este sentido, el Señor nos dice: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33). Con estas palabras se establece un orden de prioridades para el obrar humano, para nuestra actitud en la vida diaria.

o **Jesús no nos da recetas, pero establece una prioridad determinante para todo: «Reino de Dios» quiere decir «soberanía de Dios», y eso significa asumir su voluntad como criterio.**

- En modo alguno se nos promete un mundo utópico en el caso de que seamos devotos y de algún modo deseosos del Reino de Dios. No se nos presenta automáticamente un mundo que funciona como lo propuso la utopía de la sociedad sin clases, en la que todo debía salir bien sólo porque no existía la propiedad privada. Jesús no nos da recetas tan simples, pero establece —como se ha dicho— una prioridad determinante para todo: «Reino de Dios» quiere decir «soberanía de Dios», y eso significa asumir su voluntad como criterio. Esa voluntad crea justicia, lo que implica que reconocemos a Dios su derecho y en él encontramos el criterio para medir el derecho entre los hombres.

▪ **La oración de Salomón al ser entronizado**

- El orden de prioridades que Jesús nos indica aquí nos recuerda el relato veterotestamentario de la primera oración de Salomón tras ser entronizado. En él se narra que el Señor se apareció al joven rey en sueños, asegurándole que le concedería lo que le pidiera. ¡Un tema clásico en los sueños de la humanidad! ¿Qué pidió Salomón? «Da a tu siervo un corazón dócil para gobernar a tu pueblo, para discernir el bien y el mal» (1 R 3, 9). Dios lo alaba porque no ha pedido —como hubiera sido más natural— riqueza, bienes, honores o la muerte de sus enemigos, ni siquiera una vida más larga (cf. 2 Cr 1, 11), sino algo verdaderamente esencial: un corazón dócil, la capacidad de distinguir entre el bien y el mal. Y por eso Salomón recibió también todo lo demás como añadidura.

Con la petición «venga tu reino» (¡no el nuestro!), el Señor nos quiere llevar precisamente a este modo de orar y de establecer las prioridades de nuestro obrar. Lo primero y esencial es un corazón dócil, para que sea Dios quien reine y no nosotros. El Reino de Dios llega a través del corazón que escucha. Ese es su camino. Y por eso nosotros hemos de rezar siempre.

o **Donde Cristo está, está el «Reino de Dios». Así, la petición de un corazón dócil se ha convertido en petición de la comunión con Jesucristo, la petición de que cada vez seamos más «uno» con El. Es la petición del seguimiento verdadero, que se convierte en comunión y nos hace un solo cuerpo con El.**

A partir del encuentro con Cristo esta petición asume un valor aún más profundo, se hace aún más concreta. Hemos visto que Jesús es el Reino de Dios en persona; donde El está, está el «Reino de Dios». Así, la petición de un corazón dócil se ha convertido en petición de la comunión con Jesucristo, la petición de que cada vez seamos más «uno» con El (cf. Ga 3, 28). Es la petición del seguimiento verdadero, que se convierte en comunión y nos hace un solo cuerpo con El. Reinhold Schneider lo ha expresado de modo penetrante: «La vida en este reino es la continuación de la vida de Cristo en los suyos; en el corazón que ya no es alimentado por la fuerza vital de Cristo se acaba el reino; en el corazón tocado y transformado por esa fuerza, comienza... Las raíces del árbol que no se puede arrancar buscan penetrar en cada corazón. El reino es uno; subsiste sólo por el Señor, que es su vida, su fuerza, su centro...» (pp. 31s). Rezar por el Reino de Dios significa decir a Jesús: ¡Déjanos ser tuyos, Señor! Empápanos, vive en nosotros; reúne en tu cuerpo a la humanidad dispersa para que en ti todo quede sometido a Dios y Tú puedas entregar el universo al Padre, para que «Dios sea todo para todos» (1 Co 15, 28).

www.parroquiasantamonica.com